

# EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO I.

San Salvador, Domingo 27 de Noviembre de 1881.

NUM. 26.

## EL CATÓLICO.

### Canonizacion de los Santos.

Tenemos noticias de que, á pesar de la situacion en que se encuentra el Santo Padre, se prepara en Roma para el 8 de Diciembre próximo, la canonizacion de cuatro Santos, á saber: los Bienaventurados Benito José Labre, Lorenzo de Brindis, Juan Bautista de Rossi y Claro de Monte-Falco.

Nuestros lectores no tendrán á mal que digamos algo acerca de la canonizacion de los Santos.

Aunque por una consecuencia precisa de los abusos de la libertad humana, una gran parte de los miembros de la Iglesia afligen con sus vicios á esta madre piadosa, y descienden al sepulcro dejando á los vivos muy grandes y justos temores sobre su paradero en la eternidad; hay tambien un considerable número de justos, cuya vida es una gloria para Dios, un consuelo para la Iglesia, un ejemplo y edificacion grande para los fieles, y que cuando ya desaparecen de la escena de la vida, dejan esparcido por todas partes el perfume de la santidad, hasta el extremo de llamar la atencion de la Iglesia docente, provocar sus investigaciones, y obtener un juicio más ó ménos solemne acerca de sus virtudes.

Este juicio de la Iglesia, expresado en un decreto del Soberano Pontífice, declarando que tal hombre practicó las virtudes cristianas en grado heróico, y que Dios ha obrado milagros por su intercesion, ya durante su vida, ó ya despues de su muerte, y mandando que se le haya y tenga por santo, permitiendo exponer sus reliquias á la veneracion pública, el que se le invoque por los fieles, se celebre el santo sacrificio de la misa y rece oficio en honor suyo, es lo que se llama *Canonizacion de los Santos*.

“La Canonizacion generalmente va precedida de un decreto de beatificacion; y este es un acto por el cual el Soberano Pontífice declara, respecto de una persona cuya vida ha sido santa y acompañada de algunos milagros, &, que se puede creer que su alma goza de bienaventuranza,

y en consecuencia de esto, permite á los fieles darle un culto religioso.”

“La *Beatificacion* se diferencia de la *Canonizacion*, en que en la primera el Pontífice no obra como juez, determinando el estado del beatificado, sinó que solo concede á determinadas personas, como á una órden religiosa, ó á una comunidad el privilegio de rendir al beatificado un culto particular que no se puede reputar supersticioso desde que lo autoriza el Pontífice, en vez de que en la segunda el Papa habla como Juez y determina *ex cathedra* el estado del nuevo santo.” Bergier, Diccionario de Teología.

“En los primeros siglos de la Iglesia los mártires fueron los primeros á quienes los fieles rindieron un culto solemne. Se levantaba un altar sobre sus sepulcros, y se celebraban en él los santos misterios: en esto consistía toda la ceremonia de la *Canonizacion*. Tenemos un ejemplo de esto en las actas del martirio de San Ignacio, y en su carta á la Iglesia de Esmirna con motivo del martirio de San Policarpo. Los pueblos fueron, pues, los primeros actores del culto rendido á los Santos, y la Iglesia lo aprobó con razon.”

“No obstante los Obispos juzgaron que era preciso observar muchas precauciones para impedir que se rindieran los honores debidos á la virtud, á hombres que no los hubieran merecido. San Cipriano mandó que se hicieran informaciones exactas de los que habian muerto verdaderamente por la fé; que se le enviasen sus nombres y circunstancias del martirio, á fin de no confundir con ellos á aquellos cuyo celo pudiera aparecer sospechoso.” El autor citado.

Mas adelante se creyó que debia rendirse el mismo culto á los personajes venerables, que, sin haber sufrido el martirio, hubieran edificado á la Iglesia con su vida ejemplar.

Mas siendo esta veneracion pública un tributo que, si bien dirigido sería edificante y provechoso, mal dirigido traería consecuencias fatales, la Iglesia creyó justamente que un punto de tanta trascendencia no debia quedar sin una solemne garantía en su juicio soberano; y he aquí por qué los Sumos Pontífices se reservaron pro-

nunciar este juicio solemne que se llama *Canonización*.

El gran número de siervos de Dios, que se registran en los fastos de la Iglesia católica, que han merecido el insigne honor de ser inscritos en el registro canónico de los Santos, y en cuya vida encontramos al mismo tiempo la mas bella apología del cristianismo, los mas fuertes estímulos para la virtud, y una confusion incontestable de la gloria mundana, no podía ménos que alarmar á tantos y tantos como se han alistado contra Jesu-Cristo y sus instituciones. He aquí por qué la Canonización de los Santos ha tenido como todo lo demás sus enemigos y sus controversias.

Algunos, valiéndose del ridículo han creído ver en esta institucion augusta una imágen de la antigua apoteosis que erigía la gentilidad á sus héroes para elevarlos al rango de los dioses. Procuramos hacer ver que tal suposicion es absurda ó impía.

"Nada tiene de comun la Canonización de los Santos con la apoteosis de los antiguos, dice un teólogo contemporáneo, (Gousset *Thologie dogmatique*) si no es el sentimiento natural que conduce á los hombres á mirar y honrar como amigos de Dios á aquellos que han hecho el bien durante su vida."

"Comparar la Canonización de los Santos tal cual se practica en la Iglesia Católica con la apoteosis impía de los paganos, que colocaban en el rango de los dioses á cuantos se habian hecho famosos por sus desórdenes y crímenes, lo mismo que á los que se habian distinguido por algunos servicios hechos á la humanidad, sería una injusticia, una insigne mala fé ó una ignorancia inexcusable."

"La Iglesia no confunde en un culto ciego á la creatura con el Creador, como lo hacian los idólatras; pues los honores que sobre la tierra ofrece á los Santos coronados en el cielo, están subordinados al homenaje supremo que rinde á la Divinidad como autor de todo bien y fuente de toda felicidad."

La apoteosis de los antiguos era un ultraje á la Divinidad y un atentado contra la virtud. Todas las ideas y todos los sentimientos estaban absolutamente confundidos y radicalmente viciados en aquella institucion absurda.

¿Qué idea podía quedar de Dios en un culto que le hacía brotar de la tierra y muchas veces del fango? Porque es un hecho que la antigüedad divinizó al mismo tiempo los hombres y los vicios. Cada uno de éstos tenia su divinidad y su templo, y por consiguiente era un insulto permanente y organizado contra la sana moral y la virtud. Figurando como divinidad ya seres fabulosos, ya seres abstractos, ya hombres famosos aun por sus crímenes, y honrados así con el apoteosis de los vicios, todo estaba confundido en el fondo de las ideas, y viciado en la institucion misma.

Nada tiene, pues, la apoteosis de los gentiles que merezca compararse con la Canonización de los Santos. Esta, toda verdad y toda virtud, es una institucion digna del cristianismo, digna de Dios: todo queda perfectamente distinto y en su lugar, las ideas, los objetos y las prescripciones. Jamás un santo figura en el rango de la divinidad, nunca pasa de un hombre venerable por la heroicidad de sus virtudes y la santidad de su vida, de un intercesor para con Dios en favor de los hombres que luchan en la tierra con los enemigos de su alma; y los homenajes que reciben, viene á ser, en cierto modo el culto de la virtud y de la santidad.

---

## SECCION PIADOSA.

---

### PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

El Evangelio de este dia pone ante nuestros ojos la venida de Jesu-Cristo como Juez al fin de los siglos: se acomoda perfectamente á este Domingo, que es el primero de Adviento.

Llámanse de Adviento (advenimiento, venida) las cuatro semanas que preceden á la Natividad del Señor, solemnizadas por la Iglesia como preparacion para la fiesta del nacimiento del Hijo de Dios, que puede llamarse la venida del misericordioso Salvador.

Divídense en dos las venidas ó advenimientos de Jesu-Cristo: una de misericordia y otra de justicia. La primera, que no es otra que su nacimiento en el establo de Belen, y la segunda que se cumplirá en el fin del mundo, cuando *vendrá, como lo confesamos en el Símbolo, á juzgar á los vivos y á los muertos*. Este doble advenimiento de Jesu-Cristo es exterior y se realiza visiblemente.

Hay además un advenimiento de misericordia y otro de justicia invisibles. El primero se opera diariamente, y en particular en la solemnidad de la Natividad, cuando viene el Salvador por su gracia á visitar las almas de sus fieles y fijar en ellas su morada; el segundo se realiza para todos en la hora de su muerte.

La venida de Jesu-Cristo al fin del mundo y su venida á Belen tienen entre sí semejanzas y diferencias que deben hacerse notar. En ambos casos el mismo Jesu-Cristo es quien desciende del cielo por el hombre: viene visiblemente acompañado de sus ángeles, pero con estas diferencias: En Belen vino al mundo humilde, de oculto, como nuncio tan sólo de misericordia; al fin de los siglos vendrá lleno de gloria, á vista de todo el universo, armado con la espada de la justicia y la venganza, *á castigar á sus enemigos y á hacer de ellos su peana*: estos enemigos serán los que le volvieron la espalda cuando se presentó misericordioso.

La Iglesia, por tanto, nos propone hoy muy oportunamente el Evangelio de la segunda ve-

nida de Jesu-Cristo. ¿Puede haber nada más á propósito para prepararnos á la Natividad del Señor, y hacer que celebremos santa y fervorosamente la venida del Niño Jesus á Belen, que el considerar de qué manera este mismo Jesus vendrá á juzgarnos?

Fijémonos ahora en el texto del Evangelio. En él leemos las palabras que pronunció el Salvador tres dias tan sólo ántes de morir. Había hablado yá á sus discípulos de su segundo advenimiento, cuando aquellos, deseosos de saber la época, le interrogaron en estos términos: *Dinos ¿cuándo sucederán estas cosas y cuál será la señal de tu venida y de la consumación del siglo?*—El Señor sentóse entónces en el monte Olivete y pronunció, rodeado de sus discípulos, las profecías contenidas en el Evangelio de hoy. En él se pueden distinguir tres puntos:

1.º Señales precursoras del advenimiento de Jesu-Cristo.

2.º El advenimiento mismo.

3.º Preparacion que exige de los fieles.

*Y habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra consternacion de las gentes por la confusion que causará el bramido del mar y de las olas. Los hombres se secarán de miedo en la espectacion de lo que vendrá sobre todo el mundo, porque las virtudes de los cielos se conmoverán.*

Hé aquí las señales precursoras de la venida de Jesu-Cristo como Juez, y los preludios del juicio final: parte de ellas aparecerá en el cielo, y parte en la tierra. Estos acontecimientos misteriosos que precederán á la extincion del género humano y á la resurreccion universal, deben entenderse, ante todo, en el sentido literal y propio. Estos sucesos impresionarán los sentidos y extenderán el terror por la tierra.

*Las señales celestes* aparecerán sobre todo en los astros: en el sol, la luna y las estrellas.

1.º En el sol.—*Se oscurecerá el sol.* Segun la mayor parte de los intérpretes, esta palabra significa que se cubrirá el sol de una verdadera oscuridad, como cuando se apaga la luz. El astro del dia, no solo quedará completamente velado, como cuando se verifica un eclipse, por el oscuro disco de la luna, ni por espesas nubes como durante las tormentas; sinó que se verá privado de su esplendor, cubierto de tinieblas, como lo predice el profeta Joel con estas palabras: *Yo haré que se vean prodigios en el cielo y en la tierra, de sangre de fuego y de torbellinos de humo. El sol se tornará en tinieblas y la luna en sangre, ántes que venga el grande y terrible dia del Señor.* Esta profecía, que tuvo un principio de cumplimiento al morir el Salvador, se cumplirá completamente en el fin del mundo. Cuando Jesu-Cristo espiraba en la cruz, *oscurecióse el sol y las tinieblas se extendieron por toda la tierra;* al fin del mundo el sol parecerá extinguirse y la tierra se cubrirá de espantosas tinieblas. Al morir Jesu-Cristo oscurecióse el sol en señal de luto, y para demostrar su horror

en presencia del deicidio cometido por los Judíos; al fin del mundo se oscurecerá en señal de venganza y amenaza para anunciar á los impíos que la justicia divina está pronta á descargar sobre ellos.

2.º La luna.—*La luna no alumbrará ya:* quedando oscurecido el sol, la luna que recibe del sol su brillo, naturalmente quedará de la misma manera oscurecida. Quizá se verá ántes envuelta por una nube rojiza que le imprimirá un color de sangre, segun estas palabras del profeta. *La luna se cambiará en sangre; y estas otras: la luna se vuelve como sangre.*

3.º Las estrellas.—*Las estrellas caerán del cielo:* es decir, segun opinan todos los Padres, las estrellas oscurecidas dejarán de alumbrar; y como si hubiesen caido del cielo, no se las verá ya aparecer. Esta interpretacion está en un todo conforme con el texto muy terminante de Joel: *Las estrellas han retirado su lumbré.* Añadamos que se verán estallar deslumbradores rayos, y salir de las profundidades del cielo terribles cometas; y que en este sentido tambien parecerá que caen las estrellas. De esta manera, en efecto, explican los intérpretes el texto de San Juan. *Y las estrellas caerán del cielo sobre la tierra, como la higuera arroja los higos verdes, cuando se siente sacudida por un viento fuerte.* Bajo el nombre de estrellas comprenden los cometas, los rayos los meteoros ígneos que se parecen á los astros. Semejantes fenómenos se producirán en gran número siendo prodigiosas su grandeza, su forma y sus movimientos: escapándose de entre las nubes, parecerán lanzadas sobre la tierra por la vengadora mano de Dios.

4.º Las virtudes de los cielos.—Al decir que *las virtudes de los cielos se conmoverán,* el Evangelista parece indicar la causa de las perturbaciones de la naturaleza. Por virtudes de los cielos, entienden unos los astros y sus influjos; otros, los ángeles, motores de los cuerpos celestes, como si debiesen cambiar el orden de su movimiento; otros finalmente la solidez del sistema de los cielos, cuyos polos y cuyas bases serían conmovidos: toda la estructura del firmamento vacilaría, y los cielos como arrancados de su eje, parecerían abismarse en las profundidades del espacio.

*Las señales terrestres* consistirán en perturbaciones de la atmósfera, del mar y de la tierra. *En la tierra,* dice San Lucas, *consternacion de las gentes por la confusion que causará el bramido del mar y de las olas. Los hombres se secarán de miedo en la espectacion de lo que vendrá sobre todo el mundo.*

En el aire habrá relámpagos de tempestad, terribles rayos y centellas; en el mar, tormentas acompañadas del formidable rugido de las aguas y de grandes inundaciones: esto es lo que el Evangelista llama *el bramido del mar y de las olas;* en la tierra temblores y sacudidas, hundimientos é inmensos destrozos de terrenos, todo lo cual llenará á los hombres de indeci-

ble espanto. *Consternacion de las gentes, y los hombres se secarán de miedo.* El espanto helará sobre todo á los impíos; en cuanto á los justos, veránse fortalecidos en su fé y en su confianza en Dios.

*Entónces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre.*

*Entónces, es decir despues de la conflagracion del mundo y de la resurreccion de los muertos. La señal del Hijo del Hombre, la cruz del Salvador, que verdaderamente es su señal, su estandarte. Esta señal aparecerá en cielo, cuando el Señor venga á juzgar.*

¿Qué cruz será ésta?—Bien el madero mismo en que fué clavado el Salvador del mundo, como lo creen algunos no sin fundamento;—ó bien, segun otros, una brillante imágen de la misma cruz que resplandecerá en el cielo. Cuando Jesu-Cristo venga á juzgar al mundo, este estandarte, dicen San Crisóstomo y San Agustín, será llevado por los ángeles delante de él, para que sea al mismo tiempo trofeo de su victoria, y glorioso símbolo de su majestad, de su soberano poder y de su imperio. Además, ciertos doctores creen con Salmeron, que junto á la cruz se verá tambien la columna, los azotes, y los demas instrumentos de la pasion.

¿Por qué figurará en esta escena la cruz del Salvador?—En primer lugar, para indicar que Jesu-Cristo mereció por la cruz su gloria y poder judicial; en segundo lugar, para demostrar que murió por la salvacion de todos: lo cual quitará toda disculpa á los pecadores ingratos que hayan despreciado su gracia y amor; en tercer lugar, que es llegado el momento en que todos los adoradores de Jesus crucificado sean exaltados con él al cielo y sus despreciadores precipitados en los infiernos.

*Y verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad.*

*Verán venir al Hijo del Hombre: aparecerá el hombre por excelencia, Jesu-Cristo, el Rey del género humano: todos le verán, los que le hayan obedecido, y los que hayan combatido su imperio.*

Ellos le verán descender *con gran poder y majestad; ó como se expresan los demas Evangelistas, con gran fuerza; lo cual significa con grande aparato de poder.* Este aparato consistirá particularmente en el retumbar de las trompetas que anunciarán su aproximacion, en los truenos y relámpagos, en el brillo deslumbrador de Su humanidad, en la multitud y hermosura de los ángeles que formarán su cortejo: *Cuando el Hijo del Hombre venga revestido de su majestad, dice San Mateo, y todos los ángeles con él, entónces se sentará en el trono de su majestad.*

Le verán venir sobre las nubes del cielo, ó descendiendo del cielo sobre las nubes, como subió á los cielos el día de su ascension. Entónces le vieron los Apóstoles elevarse sobre una nube como en una carroza de triunfo: *Este*

*Jesu que entre vosotros ha subido á los cielos, descenderá de allí de la misma manera que lo visteis elevarse.* Esta nube deslumbradora, digna del Rey de la gloria, llenará de resplandor todo el firmamento.

¿Por qué una nube? Por ser éste el símbolo de la majestad oculta; por ser el trono que corresponde al Rey de los cielos. Así, en el antiguo Testamento, vemos que Dios se aparece sobre una nube á Moisés y á los Profetas.

*Y él enviará sus ángeles con la trompeta y una gran voz se oirá, y se juntarán sus escogidos desde las cuatro partes del mundo, desde un extremo del mundo hasta el otro.*

1.º *Enviará sus ángeles:* prueba de la divinidad de Jesu-Cristo: el que envía ángeles y los envía como sus ministros, es Dios.

2.º *Enviará sus ángeles con la trompeta y una gran voz,* es decir, con una voz estrepitosa como una trompeta. . . . ; porque es probable que, segun las órdenes de Jesu-Cristo, levantando los ángeles con fuerza su voz, llenarán el mundo con un ruido semejante á los sonidos de la trompeta. Tal fué la voz que manifiesta San Juan haber oído: *Oí detras de mí una gran voz parecida á una trompeta.*

Los ángeles harán resonar por dos veces la celestial trompeta: ántes de la bajada de Jesu-Cristo, para resucitar á los muertos. Entónces pronunciarán estas palabras ú otras semejantes: *Levantáos, muertos y á juicio venid.* Y al punto, los mismos ángeles *juntarán sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un extremo del mundo al otro,* desde Oriente á Occidente, de todos los lugares y rincones del mundo; ellos separarán á los escogidos de entre los impíos, como se recoge el oro de entre las cenizas despues de un incendio.

Los ángeles harán resonar de nuevo la trompeta al llegar el Rey Salvador, y le precederán dando al viento proclamas como esta: *Mirad que viene el esposo, salidle al camino.*

¿Por qué debe resonar la trompeta delante de Jesu-Cristo el día de su venida? Pueden indicarse dos razones para ello: en la tierra precede el sonido de la trompeta á la marcha de los reyes para honrar á su majestad; á son de trompeta se publican los decretos de los soberanos, se convocan las asambleas, se ataca á los enemigos y se celebran las victorias. Todas estas cosas se adunan en la venida del Juez Supremo.

*Y cuando estas cosas empiecen á suceder, mirad á lo alto y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra redencion. Y les propuso esta comparacion. . . . .*

En la persona de los Apóstoles, dirigese el Señor á los justos que vivirán en los últimos tiempos, diciéndoles: cuando veais las señales que anuncien la proximidad del juicio, no os espanteis, vosotros que sois amigos míos, ni perdais la confianza; sinó, por el contrario, levantad hácia mí vuestras frentes y miradas, abrid

vuestros corazones á la esperanza y á la alegría: lo que se acerca no es la hora de vuestra desdicha, sinó la de vuestra redencion. Y para demostrárselo mas claramente, el Salvador se vale de la comparacion siguiente: *Mirad á la higuera y á todos los árboles, les dijo. Cuando empiezan á producir el fruto conoceis que está cerca el estío. Así tambien vosotros, cuando vereis suceder estas cosas, sabed que el reino de Dios está cerca á las puertas.* Para que comprendais mejor cómo debeis conducir os en estas circunstancias, fijaos en esta parábola: cuando veais que la higuera se cubre de hojas y anuncia su fruto, conoceis gozosos que ha pasado el invierno y se acerca el verano; de la misma manera, cuando veais aparecer las señales que os he predicho, regocijaos y esperad con fiadamente mi próxima llegada.

## EL HEROISMO EN SOTANA

POR EL GENERAL AMBERT.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### EL SACERDOTE.

##### I.

Hablando de la última guerra entre Francia y Prusia, un historiador alemán ha dicho que el enemigo vió más patriotismo en el clero católico que en las demás clases de la sociedad.

Esta confesion es preciosa en boca de un adversario; sin embargo, el hecho no debe sorprendernos.

Es bien sabido que en el verdadero patriotismo el sentimiento humano es dominado por pensamientos que se ciernen sobre el mundo y se elevan hasta el cielo, última patria de los que en la tierra han sabido amar y sufrir.

Para el vulgo la patria es el campo que surca el arado y que dá al labrador el grano que le sustenta; es el hogar, los bosques que cierran el horizonte, el rio que cruza la llanura, las aldeas esparcidas por las laderas vecinas. La patria se extiende más allá, hasta tocar las fronteras, y encierra en su seno grandes ciudades, ricos establecimientos industriales, sábias escuelas y brillantes academias. Todos los hombres aman, pues, la patria, porque ella dá la dicha, el placer, la riqueza; porque satisface al orgullo humano. Para el sacerdote la patria es más vasta. Sus afectos, sus esperanzas, los cuidados de su vida, no se limitan á un campo, ni á una casa. Su familia es numerosísima, y se compone de ese rebaño que se le ha confiado. No vá á preguntar al surco para conocer el misterio de la próxima cosecha. Sus pasos no conocen mas camino que el que conduce de la Iglesia á la cabecera del enfermo. El espacio que abarca su mirada se dilata á cada paso, y para él la patria se une al cielo.

Desprendiéndose del interés material, el patriotismo del sacerdote toma un carácter ideal.

Apénas comenzada la guerra de 1870, levantóse en toda Francia un prolongado grito de dolor. Nunca el orgullo nacional se habia visto en prueba tan cruel. Despertáronse las pasiones amortiguadas, y se sintió cruzar los aires el soplo abrasador de las revoluciones.

Conmoviéronse los sacerdotes, y se levantaron prestando el oído á lejanos rumores. Se hubieran mostrado sordos á los cantos de júbilo y al tumulto de las victorias; pero el gemido de la patria desangrada resonó en sus almas. Tomaron sus sandalias y su báculo, y marcharon en busca del sufrimiento. Acudieron de todas partes, sin llamamiento y sin consigna: digo mal; llamábales la patria, y su divisa fué: *Cielo y Francia.*

Un hombre muy distinguido en letras y en política, un creyente de clarísima inteligencia, ha dicho: "La religion cristiana es la primera y única que ha provisto á todas las debilidades de la especie humana, á la debilidad del espíritu, del sexo, de la edad, de la condicion; esto solo ha cambiado el mundo y dado el sentido político de estas palabras de los Libros Santos: *Emitte spiritum tuum... et renovabis faciem terræ.*"

Estas palabras son de Mr. de Bonald, quien añade: "La sociedad no es otra cosa que la proteccion de los débiles; no subsiste más que para ellos; sin ellos no podría subsistir, y por esto se dijo á los hombres: Siempre tendreis pobres entre vosotros."

Estas cosas las sabia el sacerdote. Viendo la debilidad en todas partes, vino á traer la fuerza de la Religion; y por el camino repetía estas palabras divinas: "Que el mayor de vosotros sea el servidor de los demás." Recordaba que nuestra Religion *hace vivir juntos los leones y los corderos.*

Vino, pues, no para reinar, sinó para servir. Humilde y tímido como el cordero, quiso habitar con los leones.

Unos marcharon hácia los campos para asistir á las batallas en que el soldado moribundo necesitaba un sosten: otros, sin alejarse de su rebaño, se prepararon á recibir la gran prueba. Ellos crearon las ambulancias para los combates cercanos: más tarde fueron cerca del vencedor los protectores del campesino; restañaron la sangre de las heridas, apagaron el incendio de las mieses, alentaron los ánimos abatidos, y defendieron los derechos del débil y del pobre. Vióseles tambien, en las noches de invierno, guiar por las escabrosidades de la montaña á jóvenes de la Guardia móvil extraviados y sorprendidos por el enemigo.

Apénas se dibujaba en el horizonte alguna línea oscura anunciando la aproximacion de los alemanes, todo el mundo echaba á correr. El campesino empujaba adelante su espantado rebaño; la madre cargaba con el recién nacido; el abuelo les seguía con trabajo, y los niños lloraban. Sólo

un hombre permanecía en su sitio: era el Párroco del lugar. Largo tiempo habia hecho resonar en el aire el lúgubre tañido del bronce sagrado, que gemía como en los toques de agonía. Entónces no se oían en Francia más que dos grandes voces: la del cañon y la de la campana.

Pero el enemigo se acercaba, y el Párroco cesaba de tocar á rebato. Entónces armado con su Breviario, iba á presentarse al jefe enemigo.

¡Cuántos pueblos y aldeas, cuántas granjas y lugarejos se escaparon de la devastacion á ruegos del humilde Cura! ¡cuántas heridas cicatrizaron sus manos! ¡cuántas veces acogió bajo su modesto techo y reanimó con su caridad al soldado rendido de fatiga en la trocha! Y tambien ¡cuántos de estos pobres Curas pagaron con la vida su humilde abnegacion! Sus nombres nunca serán inscritos en el libro de los mártires, ni aun brillarán en las marmóreas lápidas en las que la pública gratitud graba con letras de oro los nombres de los que sucumben en luchas heróicas.

Aquellos humildes Curas sucumbieron como sucumben los más oscuros soldados. Cayeron sin ruido y sin gloria. Ningun eco repitió su última palabra, y el secreto de su muerte fué llevado á la vieja Prusia por algunos miserables de manos ensangrentadas.

En suma, de los sacerdotes, unos se unían á los ejércitos en campaña, otros se quedaban en las poblaciones rurales, y muchos tambien velaban en las grandes ciudades, en medio de turbas alborotadas y agriadas por toda clase de pasiones. Estos sacerdotes cuidaban de las ambulancias, sostenían los ánimos, visitaban la desgracia bajo todas sus formas, y llevaban enhiesta la cruz de Jesu-Cristo. Ya veremos qué muerte les estaba reservada.

## II.

Rotas las hostilidades, el servicio nos condujo á una poblacion poco distante de Paris. En una posada encontramos dos hombres: uno en todo el vigor de la edad, rollizo, y que á pesar de su talla y robustez, se ocupaba en avituallar el ejército como un medio de hacer buen negocio, en vez de ocupar su puesto bajo las banderas de la patria, que con voz doliente llamaba á todos sus hijos. El otro era jóven, de corta estatura, endeble, pálido, de tímida mirada: vestía sotana, y sus cabellos de un rubio ceniciento caían sobre sus hombros. Era el primer capellan voluntario que encontré: dirigíase á Metz, y nunca habia salido de su diócesis. Por todo equipaje llevaba un saquito con algunos trapos de lienzo, medallas benditas, crucifijos de cobre y gruesos zapatos de aldeano.

Mientras aguardaba que partiese el carruaje, leía un libro algo voluminoso y muy usado.

Entre tanto el encargado de las vituallas terminaba algunos ajustes con la gente de la localidad y hacía poner en orden multitud de cajas, sobre las cuales colocó capas bien aforradas y ricos abrigo de viaje.

El sacerdote continuaba leyendo. Mis ojos iban del uno al otro, y me sentia dominado por mil diversos sentimientos, cuando el abastecedor, acercándose al sacerdote, le dijo con sonrisa desdeñosa.

—A lo que parece, este libro debe ser interesantísimo, señor capellan. Casi lo sabrá V. de memoria. Yo no he leído más que una sola vez á Voltaire y á Rousseau, y en ellos he aprendido más verdades que las que contiene el Breviario.

El sacerdote levantó los ojos y contempló con mirada caritativa al hombre que así turbaba su meditacion. Luego sin despegar los lábios, abrió su saco, y entónces ví lo que contenía. En un rincon habia un rollo de papeles, impresos unos, y otros manuscritos. Escogió entre los primeros una hojita y la entregó al otro, quien se echó á reir y se alejó tarareando.

Tomé la hoja de manos del sacerdote, y leí lo siguiente:

### “Opinion de J. J. Rousseau sobre el Evangelio.

“La majestad de las Escrituras me asombra; la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa; ¡cuán pequeños son al lado de éste! ¿Es posible que un libro, á la vez tan sublime y lleno de sabiduría, sea obra de los hombres? ¿Es posible que Aquel cuya historia refiere no sea más que un hombre? ¿Es este el tono de un entusiasta ó el de un ambicioso sectario? ¿Qué dulzura! ¡qué pureza en sus costumbres! ¡qué gracia tan conmovedora en sus enseñanzas! ¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué presencia de espíritu, qué sutileza y qué exactitud en sus respuestas! ¡qué imperio sobre sus pasiones! ¿En dónde está el hombre, en dónde el sábio que sepa obrar, padecer y morir sin debilidad y sin ostentacion? Cuando Platon pinta su justo imaginario cubierto de todo el oprobio del crimen y digno de todas las recompensas de la virtud, pinta rasgo por rasgo á Jesu-Cristo; y tan viva es la semejanza, que todos los padres la han sentido y no es posible engañarse.

“¿Qué preocupaciones, cuánta ceguedad se necesita para atreverse á comparar el hijo de Sofronisca con el Hijo de María! ¡qué distancia del uno al otro! Sócrates, muriendo sin dolor y sin ignominia, sostiene fácilmente hasta el fin su personaje; y si esta fácil muerte no hubiese honrado su vida, dudaríase si Sócrates, con todo su talento, fué otra cosa que un sofista.

“Inventó, dicen, la moral. Otros ántes que él la habian practicado; él no hizo sinó decir lo que otros habian hecho, y poner en lecciones sus ejemplos. Arístides habia sido justo ántes que Sócrates definiese la justicia. Leonidas habia muerto por su pais ántes que Sócrates hubiese hecho un deber del amor á la patria. Esparta era sobria ántes que Sócrates alabase la sobriedad; y ántes que alabase la virtud, ya Gre-

cia abundaba en hombres virtuosos. Pero ¿de dónde tomó Jesus entre los suyos esta moral elevada y pura, de la cual Él solo dió lecciones y ejemplos? En el seno del más furioso fanatismo dejóse oír la más alta sabiduría, y la simplicidad de las más heróicas virtudes honró al más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más dulce que pueda desearse: la de Jesus espirando en los tormentos, injuriado, escarnecido, maldito de todo un pueblo, es el más horrible que puede temerse. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que se la presenta llorando. Jesus, en medio de su horrible suplicio, ruega por sus encarnizados verdugos. No hay duda; si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios."

Yo habia leído en voz alta. Me callé, y el sacerdote dijo simplemente:

—Rousseau escribió esto en su *Emilio*.

A continuacion de esta página se leía en otra lo siguiente:

**"Opinion de Voltaire sobre el Ateísmo.**

"Quitad á los hombres la idea de un Dios remunerador y vengador: Sila y Mario se bañan entónces con delicia en la sangre de sus conciudadanos; Augusto, Antonio y Lépido superan los furors de Sila; Neron ordena á sangre fría el asesinato de su madre. Es cierto que la doctrina de un Dios vengador era desconocida de los romanos. El ateo, bellaco, ingrato, calumniador, malvado, sanguinario, razona y obra en consecuencia si está seguro de la impunidad por parte de los hombres; porque, si no hay Dios, este monstruo es su propio dios, inmola así mismo todo lo que desea, ó todo lo que le sirve de obstáculo: los ruegos más tiernos, las razones más poderosas no causan en su ánimo más mella que en un lobo hambrieto.

"Una sociedad particular de ateos que nunca disputan entre sí y que pierden dulcemente sus dias en placeres voluptuosos puede durar algun tiempo sin disturbio alguno; pero si el mundo estuviese gobernado por ateos, tanto valdría estar bajo el yugo inmediato de esos seres informes que se nos pintan cebándose en sus víctimas."

Rogué al sacerdote me diese esta hoja impresa.

—Con sumo gusto, dijo; ya sabia al partir que Voltaire y Rousseau me atacarían por el camino, y por lo tanto he querido imitar á esos viajeros de la Grecia que se ponen bajo el amparo de los fusiles.

Despues de una breve pausa, añadió:

—Temo que mi equipaje sea demasiado ligero é insuficiente.

—Tranquilizaos, le dije; Voltaire y Rousseau viven más á placer en las ciudades que en los campos. Sus amigos prefieren las vituallas con que hacen su negocio, á las batallas donde podrían hallar la muerte.

III.

Preciso es reconocerlo, la juventud que pasa algunos años en el ejército, los hombres ya maduros que consagran su vida al servicio militar, no siempre saben resistir á la violencia de las pasiones. Al lado de corazones virtuosos se encuentran índoles rebeldes al bien: al lado de entendimientos rectos y sinceros, salidos del hogar doméstico, se encuentran caracteres maleados por la educacion de los talleres. El mal está en contacto con el bien, y el límite tan poco marcado, que el ojo más perspicaz muy á menudo se engaña.

En este centro ruidoso, inquieto, en que el trabajo agota las fuerzas, en que el reposo se parece al desórden, viene á situarse el sacerdote para cumplir su mision.

Su vida ha trascurrido en el retiro y el silencio, en la oracion y la meditacion. La Iglesia á cuya sombra vivia le rodeaba de una especie de atmósfera misteriosa. Los antiguos ventanales prestaban á los rayos del sol la castidad de un velo; á su alrededor se hablaba en voz baja, se andaba sin ruido, la frente inclinada hácia el suelo.

De pronto, es preciso abandonar tan dulce y amada existencia; lanzarse al campo; caminar, ora envuelto en polvo sofocante, ora entre torbellinos de nieve, desgarrados los piés por los espinos, quebrantado el cuerpo, el alma adolorida; contemplar escenas de carnicería, vivir en medio del tumulto, del grito de los que mueren, de los juramentos y blasfemias.

Todos los velos se han rasgado al mismo tiempo. En lugar de sostener con dulces palabras el alma dispuesta á partir de la tierra, es preciso confesar á los moribundos en medio de las balas y de las granadas, exponiéndose á que el alma del confesor comparezca delante de Dios ántes que la del agonizante.

Asi es que el sacerdote debe temblar al solo pensamiento de abandonar su querida iglesia. Para algunos de ellos, almas santas, corazones tímidos, pero llenos de abnegacion, el sacrificio puede ser comparado al martirio.

Conocí á una de esas almas, jóven sacerdote que educado por una viuda piadosa y afligida no conoció jamás los risueños juegos de la infancia. El seminario habia sido para él una especie de refugio, y de allí salió para regir una pequeña feligresía, léjos de las ciudades, en medio de los bosques. Allí vivía en paz, cuando llegaron hasta él rumores de guerra. Partió, y no le vieron más.

Ese sacerdote tuvo un valor grande, incontrastable, mejor diré un santo valor. Su cuerpo temblaba en la batalla, pero su espíritu dominaba al cuerpo; presentábase en los lugares de más peligro, y con frente serena iba al socorro de los heridos. Débil, soportaba fatigas inauditas; tímido, animábales á todos; pero á cada paso se sentia caminar á una muerte cercana.

A veces caía agobiado por el peso de su cruz, pero se levantaba para dar todavía algunos pasos. Los soldados le miraban como hijo del regimiento; amábanle todos, y escuchaban sus consejos; en el vivac le hacían una especie de nido en la paja, le daban de su vino, le arropaban cuidadosamente. Murió en medio de ellos á consecuencia de una marcha penosa, recostado al pié de un árbol, lejos de su grey y de su iglesia, lejos de aquellos á quienes había bautizado y de aquella campana enmudecida durante su agonía. ¡Pobre víctima del deber, que caía como Bayardo, y á quien Dios había creado para la sosegada vida del santuario!

Reclinando la cabeza en una mochila, con un crucifijo en las manos, mirando al cielo, el joven sacerdote, apenas movía los labios, y su rostro radiaba de gloria y de ventura.

Violentas ráfagas de un viento glacial producían al través de espesa arboleda un mugido semejante á las olas de embravecido mar; la nieve caía en remolinos y envolvía como blanco cendal el cuerpo del joven sacerdote. Su cabeza estaba resguardada por un grueso giron de una tienda de campaña sostenida por fusiles en pabellon; á lo lejos la llama del incendio brillaba entre densas nubes de humo; una inmensa sábana de nieve cubría el llano, en donde se alzaban algunos árboles parecidos á esqueletos.

El que ha presenciado una de esas muertes sublimes no puede ser incrédulo. Los que así mueren exhalan como un celestial perfume; sus miradas se hunden en el cielo; su voz resuena como un instrumento divino, descubriendo los secretos del porvenir.

Los soldados se agrupaban al rededor del sacerdote, unos en pié; otros de rodillas. Había allí veteranos granaderos del África al lado de imberbes reclutas: todos aprendían á morir.

Entre ellos los había que prodigaban al pobre sacerdote cuidados maternales; algunos oraban juntamente con él: todos estaban vivamente conmovidos. Y no obstante estaban acostumbrados á ver la muerte á todas horas, érales ya familiar; pero ninguno la había encontrado con su traje virginal, con sus vestidos de desposada.

El cuerpo del pobre sacerdote yace á la orilla del bosque, lejos de sus ovejas, lejos de su llorada iglesia, lejos de esos niños á quien bautizó, de ese cementerio que bendecía á cada entierro, de esa campana que estuvo muda en la hora de su agonía.

Un soldado recogió su Breviario, en cuya primera hoja se leía: *Del presbítero Fère, párroco de San Vicente.*

En la última hoja del libro se leía trazado con lápiz este pensamiento de Donoso Cortés:

“Si considerais la aspereza de la vida del sacerdote, os parecerá el sacerdocio una verdadera milicia; si considerais la santidad del ministerio del soldado, la milicia os parecerá un verdadero sacerdocio.” — (Continuará.)

## CRONICA DE LA PRENSA.

**Doble calumnia.**—“El Horizonte” n.º 144 bajo el título “*Alocucion de Su Santidad Leon XIII,*” ha forjado con los conceptos mas inmorales un escrito digno solamente de tal periódico.

Al fin se lee: (De “*El Católico*” de San Salvador.)

El conocimiento y el desprecio que toda la sociedad sensata de Centro-América tiene de la moralidad de aquel perpétuo pasquin contra la Iglesia y la sociedad, excusan á “*El Católico*” hacer mérito de sus calumnias.

**Lastimosa pérdida.**—Así se titula un artículo publicado en el “*Diario de Avisos*” n.º 546 en el que el autor llama á la resurreccion de Lázaro, *bella ficcion del Evangelio.*

Mucho sentimos que en este tiempo, en que Ernesto Renan, tan tristemente célebre por sus *ficciones del Evangelio,* comienza á volver á la verdad católica; haya entre nosotros quien se aparte de ella, para marchar por la senda de aquellos mismos extravíos.

A **continuacion** de dicho artículo está una poesía, de esas en que se sacrifica el pensamiento á la forma, y la moral á la elegancia.

El poeta se lamenta de que nosotros al morir

“*Volvamos al seno de la nada  
Envueltos en las sombras de la muerte.*”

Esto será tal vez muy elegante; pero muy contrario al sentido comun que proclama la *inmortalidad del alma.*

Dice que su alma afligida, cada vez que vé morir á algun hombre sabio ú honrado,

“*De la Bondad Suprema casi dudo  
Y casi en mi delirio la maldigo.*”

Un poco de religion y un poco de filosofía bastarían para conocer que esas frases son *casi un disparate, casi una blasfemia.*

En la siguiente estrofa nos asegura que la muerte

“*Siempre nos arrebatá  
Al que es mas noble, generoso y bueno;  
Y deja, en cambio, á la maldad triunfante.*”

Lo creeríamos firmemente si la experiencia no nos demostrára todos los dias que la muerte nos arrebatá lo mismo al noble que al *plebeyo,* al generoso que al *egoista,* al bueno que al *malo.*

Es verdad que el entusiasmo y el arte conceden al poeta *ciertas licencias* para apartarse del comun giro del pensamiento y del comun giro de la expresion; pero nunca le han permitido apartarse del comun sentido, de la verdad y de la moral.

Al contrario; Calderon de la Barca, Lope de Vega, Fr. Luís de Leon, Quintana, y otros maestros de la poesía, han demostrado que la verdad y el bien son las únicas luminosas inspiraciones del verdadero génio.

IMPRESA DE “EL COMETA,” PLAZA DE SAN JOSÉ.